

Había sido una noche realmente tormentosa, una gran cantidad de personas habían dado lo mejor de sí para que la situación se pudiera presentar, podría decirse que, inclusive más allá de sus propias limitaciones. Y aquella persona, con la venda sobre los ojos, inclinaba la cabeza al acantilado que yacía bajo suyo. Su misión era muy sencilla: llegar desde Douben Town, hasta el otro extremo de la edificación en donde esperaba poder resolver el conflicto. Pese a ello, la presencia de personas en las tres cercanas ciudades era completamente inexistente. No hubiera sido algo difícil de creer, los soldados siempre se habían encargado de mantener el orden de las noches, cerrar las calles y, dejarlas libre de ciudadanos; pero, ahora mismo estos estaban muy lejos de donde se situaba la persona. Era una ciudad destruida y desolada, los edificios no estaban acabados, los centros de investigación destruidos y una enorme cantidad de zonas habían quedado con huellas de combate que iba incrementando el eco que las principales fuerzas de la actualidad estaban provocando, y pese a todo el esfuerzo que se había hecho por acabarla, la primera ciudad siempre sería considerada, inacabada y, donde se apreciaría la cicatriz que dejó el humano en el mundo: Zero Town. El viento golpeaba fuertemente a lo que quedaba de vegetación, los escombros tambaleaban al mismo tiempo que los soldados, armados, iban de posición en posición. Los gritos de los principales jefes cubrían el área en la que se movilizaban, confirmaban, re ubicaban y entre los segundos, minutos e indicaciones, las posiciones finales habían sido marcadas. Cansados de la situación, con el ojo puesto en la mira estaban dispuestos a acabar con años de historia, había rabia, había determinación y sobre todo, frialdad, era la palabra que caracterizaba al bando que impediría, bajo cualquier circunstancia, la llegada de esa persona a la edificación. Con sutileza, paso tras paso dio mientras sacaba un instrumento de viento, una ocarina de lo más normal, que tras posicionarla frente a su boca empezaba a teñir el ambiente con una dulce melodía, que provocó, casi instantáneamente, el alzamiento de pequeñas bombillas que se hacían paso

entre el oscuro y demacrado ambiente. Simbolizaba dirección, guía, seguimiento y entre muchas otras palabras, la distancia que separaba a ambos bandos; o, mejor dicho, al bando de la persona. Las rocas y escombros, toda la fragilidad de la zona se había detenido, ellos solo estaban esperando órdenes, y esa persona, esa persona seguía tocando, la melodía, suave pero impactante, la parte de la pieza le dictaminaba hacer subidas y bajadas, iba moviéndose, caminaba, daba pequeños giros hasta que, tras ese camino, las últimas notas llegaron y cubrieron toda la explanada. Finalmente, fue así como finalmente con la ocarina aún entre sus labios, y aquella cinta que dé a pocos se fue desenredando, el final de su viaje había sido marcado, mientras el viento, las notas y las irradianes luces le enfocaban. Con delicadeza, giró levemente la mirada hacia el futuro; pues, ese día cometería el que sería considerado, el cambió más grande en la historia de la humanidad.